

incunabile

COLEGIOS MAYORES SACERDOTALES DE LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA

Núm. 11 - mayo 1949 - Redacción: San Pablo, 17 - Administración: Compañía, 3

SENTIDO DE LA PUREZA SACERDOTAL

Por Lamberto de Echeverría

Un estremecimiento me ha recorrido al escribir las palabras de este encabezamiento. Va en ellas, en efecto, algo demasiado íntimo, luminoso y bello para poder recordarlo sin estremecerse. Y mucho más cuando, como hoy, nuestros corazones sacerdotales están en carne viva y se truecan en ascua ardiente a su contacto.

Si. Digámoslo al comenzar para que a nadie extrañe el tono. Nos duele el ambiente exterior, que asfixia y revuelve. Pero nos duele no menos esa visión achatada y mezquina de la más bella perla del sacerdocio católico que hace de ella una serie de ásperos y enojosos renunciamentos. No es posible susstraerse al dolor de contemplar que hay miradas sacerdotales que sólo alcanzan a ver en ella, ¡en nuestra pureza!, el precio forzoso que se paga con pena a trueque de algo muy ambicionado.

No es eso. Lo sentimos muy dentro. No es renuncia, no es despojo, no es amputación, cercenadura o truncamiento... Es cabalmente lo contrario. Última perfección, subido esmalte y delicada obra prima con la que, aun en lo humano, alcanza el sacerdote su más alta perfección.

Esto es lo que quisiéramos balbucear, ya que explicarlo sea imposible. Lean nuestros hermanos estas torpes consideraciones y sepan que en lo más hondo de su corazón sacerdotal las encontrarán escritas con mayor perfección y nitidez. Nosotros sólo tratamos de despertar lo que, allá en aquel trasfondo, acaso haya venido a quedar un poco dormido.

¿Cuál es, pues, el sentido de nuestra pureza? ¿Por qué ofrecemos al Señor cada día el sacrificio de nuestra castidad?

PARA AMARLE...

... antes que nada. Esta es la razón suprema y la que, por tanto, queremos que vaya por delante.

Porque sabemos que hay ternuras de las que sólo es capaz un alma limpia; porque estamos ciertos de que sólo un corazón puro puede vibrar al unísono del suyo; porque sólo unos labios que nunca se mancharon le pueden decir algunas palabras; porque El nos dijo que tiene un himno reservado para que lo canten quienes no hollaron la blancura de sus almas..., nos abrazamos con la pureza.

Para amarle, sí. Pero como El se merece. No con el corazón partido en mil cosas ni con el afecto desvaído y marchito por el cansancio, sino con el gesto brioso, total, tajante y decidido de quien en la hora suprema de la confianza, de la intimidad o del dolor y la prueba (que tal suele ser a veces nuestro talamo) sabe que aporta un tesoro de luz y belleza que a fuerza de amor y entusiasmo se fué recogiendo para que sirva entonces de tremendo combustible que haga arder, y arder con fuerza, la gran hoguera que el amor enciende.

Para amarle. Percibiendo en sus cosas los mil y mil matices que escapan a los ojos que la pasión oscurece. Gustando con limpio pala-

dar la dulzura de sus palabras, que otro sabor cualquiera podría disipar. Reflejando, como en terso y limpiísimo espejo, aquel amor que le tuvo, precisamente por llamarse así y serlo, nuestra Madre la Reina de las Virgenes.

PARA SERVIRLE

Ese amor no puede quedarse en palabras... Ha de traducirse en obras. Y el corazón sacerdotal se siente empujado hacia ese cúmulo de afanes, inquietudes, sinsabores, trabajos, actividades, derrotas y triunfos en que consiste el divino servicio.

Llama al Señor. Y a responderle con generosidad apremia el interno fuego de su amor.

Pero... ¿de qué valdrían tales ansias? Como no puede apagar el fuego quien no tiene agua; como no puede percibir los colores el ciego; como le es imposible al sordo gozar de la armonía de un concierto..., aunque lo quieran, y lo quieran con afán, no alcanzará a ser-



vir al Señor quien no cuenta con un corazón libre de miserias, con un alma transparente, con unos ojos que la pasión no alcanza a nublar.

Llama al Señor. Y al responderle, como preciada oblación "de mayor estima y momento", le ofrece el sacerdote su ser entero. Cuanto es, cuanto puede, cuanto anhela..., todo a su servicio. Y esta oblación total la hace posible el previo e implacable quebrar de las recias ataduras de la carne.

Sólo la copa limpia y transparente de su corazón puro puede ser digna de llenarse de licor tan preciado como el divino servicio. Y sólo por licor tan preciado merece la pena esforzarse sin cesar en limpiar, pulir y adornar tan bella copa.

EN MEDIO DEL MUNDO

Miró un día el Señor a la tierra y la contempló con pena. Estaba hecha un lodazal. Eran los tiempos aquellos del paganismo decadente que con tintas tan sombrías nos des-

(Continúa en la página 7.)

EDITORIAL

"ALTIORA PETO"

Nos cabe a quienes hacemos "Incunabile" la intensa satisfacción y la tremenda responsabilidad de experimentar a la aparición de cada número que existe un núcleo, siempre creciente, de hermanos nuestros que leen con afán, cuidado y cariño nuestro periódico. Siendo así estamos seguros de que no se les habrá escapado la trayectoria que éste ha seguido, conforme a planes, desde su comienzo previstos, aunque no voceados.

Aquel "Incunabile" que apareció tímido y escurridizo hace poco más de un año, con aire de querer ser muy poco más que una hoja de unión entre los antiguos alumnos de Salamanca, se ha trocado en un periódico sacerdotal de dilatados horizontes, con febriles ansias de amplísima difusión.

¿Que para ello ha hecho falta sacrificar muchas cosas mínimas y anecdóticas? Ciertamente. Nuestro "Incunabile" sabe cada vez menos de menudas historias; de discretas, o indiscretas, propagandas; de la canonja que consiguió Fulano o la brillante carrera de Zutano... Pero en cambio se afirma más y más en el solidísimo terreno de lo que es substancial y duradero.

Cada vez más sacerdotal. Cada vez más atado a la grandeza de este ideal que le permitirá volar por encima de rencillas, banderías y pequeñeces. Cada vez más al servicio de Jesucristo y de su Iglesia santa. Cada vez más traspasado por el dolor de las almas que se pierden.

Y, cabalmente por todo esto, cada vez más amplio y dilatado en sus miras. Sólo al servicio de lo grande y duradero. Con el empeño de asomarse sin cesar a nuevas perspectivas. Con el afán de dilatar sus tiendas hasta que todos quepan en ellas.

Por nosotros no ha de quedar, os lo aseguramos. Seguiremos haciendo cuanto esté en nuestra mano para que "Incunabile" sea lo menos parecido a una revista de clero provinciano; a un folleto de popaganda más o menos velada; al órgano de un grupo sacerdotal con inquietudes... Como el águila pedimos sin cesar mayores alturas... Y os repetimos el llamamiento de nuestro anterior editorial: "Ayudadnos todos. Escribidnos, criticadnos, dadnos a conocer, seguidnos nuevos colaboradores y suscriptores. Y que en vuestra labor resuenen siempre aquellas palabras de la gran santa abulense:

"Estáse ardiendo el mundo, quieren tornar a sentenciar a Cristo, como dice, pues le levantan mil testimonios; quieren poner su Iglesia por el suelo; y ¿hemos de gastar el tiempo en cosas que por ventura si Dios las diese tendríamos un alma menos en el cielo? No es, hermanas mías, no es tiempo de tratar con Dios negocios de poca importancia."

"Incunabile"

Así comienza la historia del mundo

LA COSMOGONIA MOSAICA

N. DE LA R.—En la inquietud que a muchos espíritus ha llevado el actual renacer de los estudios bíblicos, los lectores nos agradecerán este sobrio y sabio comentario a los primeros capítulos del Génesis.

Fr. Alberto COLUNGA, O. P.

De la Pontificia Comisión Bíblica

Las religiones de los antiguos pueblos paganos tenían su cosmogonía, que era a la vez teogonía, con que pretendían explicar el origen del mundo y de los dioses. La Biblia, que contiene la revelación de Dios a los profetas de Israel, se abre también con una cosmogonía, que ha venido a ser la cosmogonía de la Iglesia católica y de los pueblos cultos del mundo. Sobre esta cosmogonía, fijada en sus puntos esenciales por la enseñanza de la Iglesia, son infinitas las discusiones que se han entablado e innumerables las páginas que se han escrito. Los especialistas en alguna rama de las ciencias humanas tienen a grande dicha poder contribuir a las declaraciones de ese maravilloso capítulo primero del Génesis.

Tengo a la vista una hoja de un periódico mejicano que contiene un artículo, firmado por un notable físico y que lleva este título: "Las teorías modernas del universo y el relato de la Creación en el Génesis". Empieza el artículo mencionando otro aparecido en New York con este epígrafe: "Comprobación científica del Relato del Génesis", el cual hace referencia a cierta teoría del físico ruso Gamow, que trabaja en aquella ciudad. A esta teoría opone el físico mejicano algunos reparos, que se salvan con la teoría suya, propuesta poco ha en librito inédito titulado "Esbozo de una Cosmogonía integral". Ahora bien, dice el físico de Méjico, aunque en mi libro no tuve el propósito deliberado de ponerlo de acuerdo con el relato del Génesis, ahora que lo examino bajo esa luz, encuentro que mi descripción se ajusta mucho mejor que la de Gamow. Por ejemplo, en el punto a que acabo de referirme en mi teoría, la luz no puede nacer sino después del surgimiento de los electrones, que a su vez es necesariamente posterior al de los protones (materia). Porque es el caso que mi teoría permite calcular exactamente la época del nacimiento de cada una de esas clases de entes, así como la edad del universo y su radio inicial y actual, cosa que no puede hacerse con ninguna otra de las teorías hasta ahora propuestas."

El verdadero punto desde el cual se debe leer el capítulo primero del Génesis es el "teológico". No habló Dios por los profetas para enseñarnos geología, paleontología ni física, sino teología; ni quiso enseñarnos cómo va el cielo, sino cómo se va al cielo.



L principio creó Dios el cielo y la tierra." Conforme a este principio expresa en resumen

el Génesis toda la obra divina y el dogma fundamental de la fe hebrea y cristiana, dogma que se repite infinitas veces en la Biblia. Baste recordar las palabras que con frecuencia se repiten en la liturgia, tomadas del salmo 124, 8: "Nuestra ayuda está en el nombre de Iahvé, que hizo el cielo y la tierra." Esta expresión casi viene a ser como la definición que dan los autores sagrados del Dios de Israel, sobre todo cuando quieren contraponerla a los dioses de las naciones, que son incapaces de nada.

"El principio" sobre el que tanto han utilizado los antiguos expositores, significa el principio de la creación, de la obra divina, que será también el principio del tiempo. Es el punto que marca la separación entre el tiempo y la eternidad de Dios, que en Prov. 8, 22, se designa por "antes de las obras de Dios", "antes que la tierra existiese", "antes que los abismos fuesen creados", etc., y más sencillamente según las palabras del Salvador en

In. 17, 24, "antes de la creación del mundo". La palabra hebrea que corresponde al verbo creó sin duda que no significa precisamente la creación de la nada, pero sí una acción de la omnipotencia de Dios, como los prodigios realizados al sacar a Israel de Egipto (Ex. 34, 10). De igual modo Isaías nos cuenta como una creación la prodigiosa restauración de Israel después del cautiverio (40, 26), y asimismo la protección divina que rodeará a Israel en los días mesiánicos (45). Pero en el II Mach. 7, 28, el autor sagrado pone en boca de la madre heroica de los siete mártires estas palabras dirigidas al más joven de los hijos: "Ruégote, hijo mío, que mires al cielo y a la tierra y a todas las cosas que en ellos hay y que pienses que "de nada los hizo" Dios, lo mismo que al linaje humano." En el tiempo en que este libro se escribió, la época hebraística, el progreso doctrinal había llegado a explicitar la producción total de todas las cosas por Dios en la creación de la nada, no como materia, que esto sería absurdo, sino como negación de toda materia preexistente, que Dios hubiera utilizado para producir el mundo.

El nombre de Dios es en hebreo "Elohim", que emplea el Código sacerdotal, a quien los críticos atribuyen este primer capítulo de la Biblia, hasta que en Ex. 6, 30, Moisés oye de Dios estas palabras: "Yo soy Iahvé, que me aparecí a Abraham, Isaac y Jacob como "El Sadaí", Dios omnipotente; pero mi nombre Iahvé no se lo revelé."

"Los cielos y la tierra" es la expresión del universo todo, sin exceptuar nada, porque nada existe que, según la fe de los hebreos, no tenga su origen de Dios. En otros pasajes de la Biblia se explica más el contenido de estos dos vocablos. Y así dice Nehemías: Tú solo, Iahvé, hiciste el cielo y el cielo de los cielos y todo su ejército de estrellas, la tierra y cuantas cosas en ella hay, el mar y cuanto en él existe (9, 6). Y San Pablo en la epístola de los Colosenses: "Porque en El (Cristo) fueron creadas todas las cosas que hay en el cielo y en la tierra, las visibles y las invisibles, los tronos, las dominaciones, los principados, las potestades, todo por El y con El fué creado" (1, 16). Estas últimas palabras del Apóstol nos llevan a otra idea que, en Gen. 1, 1, no aparece, pero que está muy explícita en los libros sapienciales. A semejanza de un artífice que produce sus obras guiándose por la idea que, primero de comenzar su labor ha concebido, y que obra acompañado de esta idea, quedando luego expresada en la obra misma, así Dios, desde antes de la creación posee la sabiduría, que es el plan del mundo entero y conforme a este plan y guiándose de él va ejercitando sus obras, en las cuales queda luego expresada esa sabiduría (Prov. 8, 22, 11). El Nuevo Testamento nos viene a revelar que esa Sabiduría, imagen del mundo creado y antes que eso de Dios Padre ingénito, es personal, la persona del Hijo, que luego apareció encarnado en Jesucristo. Por esto, después de San Pablo dice San Juan que "mediante el Verbo todas las cosas fueron hechas por Dios y que este Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros" (In. 1, 3, 14).

El contenido de este primer capítulo de la Biblia supera en profundidad y sabiduría a cuanto los más sabios filósofos de la antigüedad nos han dejado. Pero semejantes verdades no las recibió Moisés del ambiente en que vivía, ni seguramente que las averiguó por su discurso, con no exceder de suyo las fuerzas de la inteligencia humana, sino que las llegó a conocer por la revelación divina.